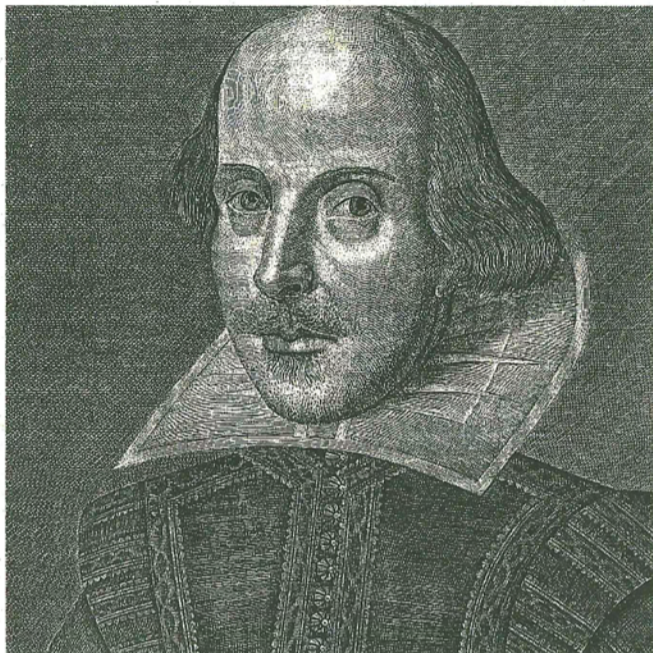




El árbol de la vida

Sonetos de amor



LA SINGULAR EDICIÓN DE LOS SONETOS DE AMOR DE SHAKESPEARE preparada por Agustín García Calvo a principios de los años setenta del pasado siglo, me ha llevado azacaneado arriba y abajo durante más tiempo del que yo había imaginado en un principio y me ha acompañado, del mismo modo que al egregio traductor y escritor, «a lo largo de sucesivos ratos de tristeza». En estos *Sonetos de amor*, la palabra es la memoria que conserva y recoge la dulzura y la hermosura del amor, es un milagro que permite brillar al amor en tinta negra. Los versos brotan de la memoria, de esos receptáculos donde se inscriben los recuerdos, a saber, el cerebro y el corazón, y cantan la eternidad del amor expresada en su atemporalidad. Reñido con el tiempo, el amor logra menoscabar la brevedad de nuestros días, los límites de nuestra vida.

La décima musa, inspiración del poeta, es el amado o la amada, el dulce argumento del que manan los versos, la luz de la invención, y siempre parecen repetirse unas mismas palabras atemporales, del mismo modo que el sol es cada día viejo y nuevo al mismo tiempo. El poeta, por ejemplo, repite con asiduidad que el mundo (el universo entero) se reduce a la presencia del amante y recuerda esa hermosa alabanza que se dirige a la persona amada, «tú eres sólo tú».

Pero, en ocasiones, el bardo desfallece ante la imposibilidad de describir la belleza de la amada, ahoga en palabras la incapacidad para encontrar la agudeza, la invención necesaria mediante la pluma.

La distancia que separa a los amantes es siempre fuente de melancolía. «Me mata el

Pedro Amorós

La décima musa, inspiración del poeta, es el amado o la amada, el dulce argumento del que manan los versos, la luz de la invención, y siempre parecen repetirse unas mismas palabras atemporales, del mismo modo que el sol es cada día viejo y nuevo al mismo tiempo

pensamiento de saber que no soy pensamiento», escribe el poeta, pues si las carnes fuesen en realidad pensamiento podrían atravesar los mares y los cielos para compartir el momento con el amado. El tiempo y la época del año no importan en absoluto, cualquier estación se torna fría con la ausencia del amante, e incluso los pájaros

enmudecen. La distancia provoca también los celos porque el amante puede despertar lejos, cerca de otros, y los celos provocan la angustia, la posibilidad de la infidelidad, expresada con este certero verso: «Tus miradas conmigo, tu corazón en otro lugar». Y cuando el desengaño llega, el pecho es el lugar de reposo, «la tumba donde vive el amor sepultado», espacio de llantos y desdicha. En medio de la desesperación, el poeta busca la piedad en los ojos enlutados del amante, llenos de duelo y lamentación, aunque sabe que el amor es su pecado, aunque sabe que pueden llegar los reproches de los otros. Pero el amante despechado es como un ciego que se lamenta profundamente de su desgracia. ¡Cuántas veces nuestros ojos, arrasados en lágrimas, han estado cegados por el amor! Aun despechado, el poeta se muestra incapaz de odiar. Es más, el dolor por la pérdida se subsana recurriendo a metáforas. Todos los hombres yerran, de igual forma que las rosas tienen espinas o la luna se eclipsa. Y tras el desengaño llega de nuevo la espera. Nada emociona más que compartir con el bardo la idea de que la vida es como una espera. Bien es verdad que, anhelando la llegada del amor a cada momento, la vida puede llegar a convertirse en un infierno.

Cuando la muerte acecha, el bardo sabe que su única herencia son los versos, esas pobres líneas por las que será recordado. Es, precisamente, cuando se acerca la muerte, en la vejez, cuando el amor se hace más fuerte pues se contempla como las hojas en otoño, como la luz del poniente, como las cenizas de un fuego que se apaga. Y a veces nos asalta un instante de plenitud, la hora del dulce amor recordado, que es «como alondra que al romper el día, de la oscura tierra se alza y canta himnos a las puertas del cielo». En los momentos de desgracia con la fortuna y con el mundo, en los momentos de tristeza y soledad, los sonetos de Shakespeare son una tabla de salvación y elevan nuestro ánimo y condición hasta el punto de que en determinadas ocasiones uno puede llegar a sentirse como una alondra cantando a las puertas del cielo.

Demasiado de todo

De cuando en cuando sufro, a mi manera tan poco sistemática, cavilaciones de origen leibniziano, por ponerles un nombre a estas cavilaciones más que no lo tienen. En vez de preguntarme por qué hay algo, en lugar de haber nada, lo que a mí me pasma es que haya tanto, en lugar de haber lo justo. Digamos que una vez aceptada la existencia, lo que me deja tembloroso y perplejo es la sobreabundancia, la infinita variedad, la demasia.

No se trata de que me parezca mal (porque quién es uno para juzgar nada, y mucho menos los asuntos filosóficos relacionados con la materia), sino de que me asombra, aunque el asombro, en mí, no resulta asombroso, ya que constituye una función biológica, como la circulación sanguínea.

Todo está atestado, abarrotado, atiborrado. Mires donde mires, hagas lo que hagas, te dirijas adonde te dirijas. A la derecha y a la izquierda. Arriba y abajo. En el presente, en el pasado, y, no me cabe duda, en el futuro. Las cosas se reproducen por partenogénesis: de cada una salen varias docenas, o varios centenares. La desmesura es la característica que unifica el universo.

Si utilizas el catalejo, o el telescopio, lo que descubres es que el horizonte está saturado: de árboles, de nubes, de peces, de individuos que caminan por las avenidas de la gran ciudad; el firmamento está plagado: de estrellas, de planetas, de aerolitos a la deriva que persiguen algo contra lo que estrellarse, y toda ese abarrotamiento, además, parece que se expande. Desde el big bang vivimos petados.

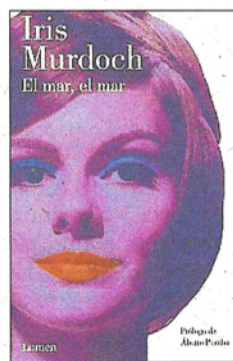
Hay demasiados libros. Los de literatura. Los de gramática. Los de filosofía. Los de periodismo. Los de autoayuda. Los de jardinería. Los de cría caballar. Los de viajes. Los de informática. Hay demasiados autores que leer. Están los rusos. Y los americanos. Y los persas. Y los húngaros, y todos los del Este, que parece que también se reproducen por partenogénesis. (Nadie lo sabía, pero detrás del muro había una caterva de gente escribiendo sin parar.) Están los clásicos remotos, y los clásicos contemporáneos, y los compañeros de generación, y las jóvenes promesas, y los olvidados recién descubiertos.

Hay tantos libros que ya nadie los quiere. Si pretendes desprender de algunos, porque ya no te caben en casa, y hay libros en el baño, y en los pasillos, y en las habitaciones, descubres que nadie los acepta. Ni las bibliotecas. Ni los libreros de viejo. Ni los buhoneros del rastro. No me caben en ningún lugar, te dicen cuando quieres venderlos. Ni de regalo.

A mí, la extraña e inexplicable sobreabundancia de todo, me quita el apetito, y me obliga a recurrir a consejos domésticos de estirpe senequista, como los que me daba mi abuela. No puedes comértelo todo, Carlitos. No te atraques. Ten en cuenta, cariño, que hay que repartir lo mucho que hay entre los muchos que somos.

Y ese estoicismo de andar por casa no me quita el pasmo, pero me calma durante unos segundos de ataraxia universal.

SOLAPAS



IRIS MURDOCH
El mar, el mar
 LUMEN

► En conmemoración del centenario del nacimiento de Iris Murdoch, Lumen editorial reedita *El mar, el mar*, la obra cumbre de la autora. Una de las obras maestras de la literatura inglesa del siglo xx. Mercedora en 1978 del Premio Booker, *El mar, el mar* constituye un punto álgido en la madurez narrativa de su autora, cuya prosa hipnótica nos envuelve aquí en un incesante torrente de imágenes, historias, personajes y reflexiones que

resuenan en la mente del lector como el rumor del oleaje al anochecer.

